

ca, cuando en vez de ser garantía de las buenas elecciones, se trasforma en arma de guerra. Oyendo á este príncipe le juzgaron mejor y admitiéronle en el concilio con uno de sus sufragáneos.

Al cabo había que entrar en la cuestión magna para que se convocaba al concilio, y Mr. Duvoisin anunció que el emperador exigía que se ventilara sin demora. Con efecto, esta reunión molestaba á Napoleon y no quería que siguiese no haciendo nada. Agregóse á la comisión que había redactado el dictámen, al obispo de Tréveris, uno de los enviados á Savona, al obispo de Tournay, alsaciano de costumbres relajadas y de opiniones violentas, y se encargó á la misma la cuestión espionosa de la institución canónica. Por la negativa de ella había declarado el gobierno que el concordato estaba violado á sus ojos, pues dejaba veinte y siete sedes vacantes; que por consiguiente se creía exento de la observancia de este tratado, y no lo podría admitir de nuevo, si no se adoptaban las modificaciones que evitaran la repetición de los abusos que se estaban tocando. Al concilio incambia discurrir y votare estas modificaciones.

En casa del cardenal Fesch se reunió la comisión compuesta de doce miembros. Al cabo se hallaba en lo esencial de la tarea: ya era menester renunciar á todas las tergiversaciones y explicarse sobre el grave asunto sometido á los padres congregados. Si alguno hubiera sido por sí solo la prudencia armada, lo cual es raro por desgracia, debiera fallar á la vez que el principio de la institución canónica había de quedar inviolable y que el papa debía instituir los veinte y siete prelados nombrados: si además hubiera sido la prudencia

poderosamente armada, indujera á Napoleon á restituir á Pio VII la ciudad de Roma, ó á darle al menos la de Aviñon sin compromiso contrario á las susceptibilidades de este pontífice, por ejemplo, le concediera Aviñon, sus cardenales, su gobierno, la dotación conveniente, sin hacerle sancionar el abandono del territorio romano, sin hacerle reconocer aquella declaración de 1082, tan verdadera sin duda, bien que tan embarazosa para el jefe de la Iglesia romana, y tan indecorosa para aceptada en la posición en que se le tenía. Así el papado hubiera residido en lugar histórico para la Santa Sede, libre y honrado, quedando á cargo de Dios lo por venir como conviene á su poder y no al nuestro. Esto era todo lo que el tiempo consentía entonces; pero no pudiendo nadie hacer que prevaleciera esta solución media, que existe casi siempre en cualesquiera circunstancias, y que es la mejor con mucha frecuencia, disputábase violentamente, teniendo cada uno un fragmento de la verdad en sus manos.

Ante todo era necesario exponer lo convenido en Savona entre el Padre Santo y los tres prelados que allí fueron enviados, lo cual por otra parte se aproximaba mucho á las conclusiones que acabamos de enunciar como las más aceptables. Mr. de Barral lo hizo con oportunidad suma, con respeto mezclado de viva simpatía hacia el papa y con sinceridad completa. Comunicó la nota consentida por Pio VII, teniendo cuidado de suprimir el último artículo sobre cuyo texto había manifestado tantos escrúpulos el papa. Esta nota contenía por sí sola un cabal ajuste, y por esto precisamente no correspondía á las disposiciones hostiles de la comisión. Se le

preguntó porqué no estaba firmada esta nota; monsieur de Barral lo dijo, y el cardenal Fesch leyó la carta del papa, que daba á la nota una autenticidad verdadera. De todo se prescindió, así de la carta como de la nota: no se quiso ver en este papel sin firma mas que un documento sin significacion, obtenido por sorpresa de la religion del papa, arrancado quizá por efecto de su cautiverio, y al cabo nada mas que un principio de ajuste y no un ajuste exacto y definitivo. Todo estaba de consiguiente por hacer, en sentir de los miembros de la comision, como si no se hubiera visto al papa.

Segregada la sencillísima solucion á que se habia atraído á Pio VII por espíritus mal dispuestos á buscar las facilidades de la cuestion, habia que tratar del asunto de plano, y el primer punto que se debia examinar era el de la competencia del concilio. Entonces Mr. Duvoisin estableció con tanta claridad como vigor de lógica la tal competencia. Con efecto no habia ni el menor asomo de duda en que, incompetente para cuestiones de dogma y de disciplina general que solo hubiera podido resolver la Iglesia universal, el concilio era competente del todo para una cuestion de disciplina nacional que no tocaba mas que á la Iglesia francesa; y la prueba de que se trataba de una cuestion de disciplina particular es que el método de nombramiento y de institucion de los prelados varia de pais á pais y se arregla por tratados especiales entre los diversos gobiernos y la Iglesia. Al oír estas razones, el obispo de Gante (Mr. de Broglie), el obispo de Tournay (Mr. d'Hirn), el arzobispo de Burdeos (Mr. de Aviau) pataleaban de impaciencia y anhelaban responder al sabio profesor de la Sor-

bona, á quien llamaban su maestro en ciencia eclesiástica y á quien, sin embargo, todos querian enseñar á pensar rectamente sobre la cuestion suscitada. Tamaña dificultad, segun ellos, no podia ser resuelta sin el papa, y de no mediar su concierto el concilio era incompetente para resolverla por sí solo. Sin duda hubiera valido mas que así fuera, replicaba Mr. Duvoisin, pero se trataba del caso de extrema necesidad únicamente, y habia que admitir que para estos casos muy raros poseia cada Iglesia en sí misma el medio de salvarse; habia que admitir que si por una fuerza mayor cualquiera se verificaba el vivir separados del papa durante años, que si durante años no hubiere papa y la cátedra de San Pedro se hallara vacante, ó si, como ya habia sucedido, estuviera ocupada por un pontífice indigno, era indispensable que el metropolitano volviera á ejercer la facultad que tuvo en otro tiempo de instituir á los obispos. Hasta el cardenal Caselli exclamaba que, aun cuando no hubiera mas que un obispo en el mundo, este poseeria el derecho de instituir á los restantes. Tal hipótesis ponía fuera de sí al arzobispo de Burdeos, diciendo que era contraria á las promesas de Jesucristo, que habia prometido la eternidad á su Iglesia. Cabalmente para que la Iglesia sea eterna, se le contestaba, debe tener el medio de perpetuarse, ajustándose á las reglas del buen sentido y salvándose en caso de necesidad. Los espíritus cuerdos deseaban que se saliera de estas quiméricas suposiciones y que, fijándose en la realidad, se examinara si, por ejemplo, se podia en las circunstancias presentes prescindir del papa en la institucion de los obispos. Y con efecto, colocándose en la hipó-

tesis verdadera, de un papa obstinado en servirse de la negativa á la institucion como de un arma, era imposible sostener que una Iglesia no tuviese el derecho de salvarse á sí misma y de sustraerse al abuso de una facultad destinada á otro objeto.

De todos modos era menester dar de mano á las sutilezas y determinar á las claras. Asi se hizo al cabo y no hubo mas votos á favor de la competencia del concilio que los de los tres prelados enviados á Savona. Ni el cardenal Caselli, que habia planteado la cuestion de la propia manera que Mr. Duvoisin, se atrevió á ser de su dictámen, y en la misma debilidad incurrió el cardenal Fesch, siempre contemplativo con el partido adversario de su sobrino. De esta suerte aconteció que de doce votos, no más que tres osaron declarar la competencia del concilio. Se concibe que se usara con suma discrecion de esta competencia para pesar sobre el papa y sobre Napoleon mismo, y arrancar de sus escrúpulos al uno y de su humor despótico al otro; pero negar en un caso de disciplina particular la competencia del concilio, equivalia á desarmarse y á dejar al papa y á Napoleon frente á frente, sin ningun poder intermedio para procurar su avenencia.

Desde entonces el objeto de la convocatoria se podia considerar frustrado, y quedaba todo á merced de las eventualidades de la cólera de Napoleon, que todo lo queria determinar sin el auxilio del papa ni del concilio, acabando en suma por violencias. Se apresuraron á ir á Saint-Cloud para informarle de lo acontecido, y manifestóse exasperado. La presencia de su tío, que tambien llegó á comunicarle tal noticia y á deplorar el resultado, que

no habia tenido valor de precaver, acrecentó aun mas su ira, exhalada en palabras de desprecio y de injuria. Afectando el cardenal defender á la comision con consideraciones teológicas, interrumpióle Napoleon y le preguntó desdeñosamente dónde habia aprendido lo que le estaba relatando, que á pesar de ser soldado sabia él mas de esta materia; que á la verdad la mayor parte de sus colegas de la Iglesia francesa no eran mas doctos; que habia querido restaurar su importancia, restituir á la Iglesia galicana la grandeza que bajo Bossuet tuvo; pero que no eran dignos de mision tan alta; que en vez de ser los príncipes de la Iglesia no eran mas que los bedeles, y que se encargaria de sacarla del conflicto por sí solo; que iba á hacer una ley declarando que el metropolitano bastaba para instituir á los obispos electos; que al instante se ejecutaria en todo el imperio, y que ya se veria si la Iglesia no se podia salvar sin el papa. Todo esto cabia en lo posible de seguro, pero era volver á la constitucion civil del clero, de la cual Napoleon se habia burlado tanto tiempos antes y de la cual tuvo la gloria de salir por medio del Concordato.

En esto apareció Mr. Duvoisin, que fué por su parte á calmar una cólera fácil de prever y á evitar sus resultas. La presencia de este prelado sacó á Napoleon de la irritacion á que la presencia del cardenal Fesch le excitaba casi siempre, y recordando su sangre fria, dijo: —Oigamos á Mr. Duvoisin, que éste sabe lo que se habla.— Deplorando Mr. Duvoisin con razon que se hubiese desarmado el concilio al declarar su incompetencia, sostuvo, no obstante, que no convenia obrar como si estuviera perdido todo, y que tomando otra base

que la competencia del concilio, apoyándose en la misma nota de Savona, habia posibilidad de llegar al mismo fin por otro camino. En su concepto se podia hacer una declaracion donde se estipulase, por ejemplo, que las sedes no estarian vacantes mas de un año, dándose al poder temporal seis meses para el nombramiento y otros seis meses para la institucion al papa, y que, trascurridos estos seis meses, se entendiera que el papa habia delegado en el metropolitano la facultad de instituir á los súbditos promovidos al episcopado. Además se podia terminar la declaracion esta dando gracias al papa por haber puesto fin con este ajuste, emanado de su santidad, á los males que sufría la Iglesia. Mr. Duvoisin añadió que no se le alcanba que la comision no accediera á una solucion que el mismo papa habia aceptado.

Napoleon consintió en hacer esta nueva tentativa y en remitir al dia siguiente el uso de su autoridad suprema, que á sus ojos era bastante para resolverlo todo, sucediera lo que sucediera y dijérase lo que se dijese. MM. Fesch y Duvoisin se retiraron, pues, con el encargo de hacer que la comision adoptara este plan nuevo.

Flotando la comision, segun costumbre de este malhadado concilio, entre dos amos y dos temores, entre Napoleon exigiendo ser obedecido y la opinion exigiendo ser respetada, recalitrante la vispera apareció trémula al dia siguiente. Muy al vivo pinto el cardenal Fesch la cólera de su sobrino. Mr. Duvoisin no disimuló que, si no se sabia adoptar un partido, iba á quedar expuesta la Iglesia á contingencias peligrosas; que de cierto era digno de lástima el papa; pero que era menester

sacarle de su situacion horrorosa, colocándose entre él y el emperador; que ofrecia el medio de llegar á este fin la nota aceptada por él en Savona; que no habia mas que convertirla por un decreto del concilio en ley del Estado, y dar en seguida gracias á Pio VII por haber prestado su consentimiento á esta solucion y salvado de consiguiente por sí propio á la Iglesia de un abismo; que terminada asi una parte de las controversias religiosas, ya se hallaria para las demas el oportuno desenlace, pues satisfecho Napoleon se mostraria más condescendiente, y sin duda pondria fin al cautiverio del padre santo. Habiendo decidido á la comision las sensatas palabras de Mr. Duvoisin, fué su dictámen adoptado, y la declaracion de Savona quedó convertida en decreto del concilio por todos los votos menos dos, que fueron el arzobispo de Burdeos y el obispo de Gante, siempre muy tenaces y muy vehementes.

Aunque en principio debiese de pertenecer la institucion pura y simplemente á la Santa Sede, se acababa de hacer lo mas razonable en la situacion de entonces, terminando con el consentimiento del papa uno de los mas tremendos conflictos. Este resultado produjo satisfaccion verdadera entre las personas juiciosas; y la hubo en la pequeña córte del cardenal Fesch sobre todo, pues aunque blasonase el cardenal de continuo del heroismo de que ante su sobrino tenia que hacer alarde, sus familiares preferian no verle condenado á acreditar este heroismo, hallando mas cómodo gozar con él de los honores de la resistencia y de las ventajas del parentesco. Y aun se regocijaron muy alto, pues noticiosos de este triunfo los hombres de par-

tido, realistas ó devotos, se agitaron toda la tarde y toda la noche, asediaron á los miembros de la comision, les asustaron por lo que habian hecho, les sostuvieron que se habian llenado de oprobio, que habian entregado la Iglesia á su tirano; que todo estaba perdido, y que era forzoso que se retractasen explicando en la sesion próxima su voto. Estos pios intrigantes ganaron al fin su causa, y despues de haber procurado salvarse de Napoleon aquel dia, se comprometieron á salvarse de la deshonra al siguiente.

Vino en efecto, y reunida la comision nuevamente, apareció cambiada del todo; ya no dominaba el miedo á Napoleon, sino al partido católico. Los cardenales Caselli y Spina, espíritus sensatos bien que débiles, fueron los primeros en retractarse. Pretendieron que al votar la vispera, ignoraban el verdadero carácter de las leyes del Estado, que despues se habian persuadido de que eran irrevocables por su naturaleza, una vez sancionadas por el Senado, y que así, perseverando en la adopcion del decreto, se veian obligados á solicitar de antemano la vènia del papa, lo cual era una recaida en el carril antiguo, la incompetencia del concilio. El obispo de Tournay, este individuo del partido extremo, cuyas costumbres hacian singularísimo contraste con sus opiniones, no tomó en su retractacion las mismas precauciones; en todo retrocedió de la opinion que habia adoptado el dia antes y declaró que de ninguna manera queria el decreto. Vacilantes los obispos de Comacchio é Ivrea, como no habian cesado de estarlo los eclesiásticos italianos en este asunto, explicaron y retiraron á su vez su voto. Mr. de Boulogne, mas firme que

de costumbre, se retrajo tambien del suyo, y de la obra de la vispera no quedó nada. Entonces se cayó en una extraña confusion, y finalmente, para salir de ella, admitióse lo sustancial del decreto, que estaba basado sobre la indispensable nota de Savona, á condicion de que recibiria el asentimiento del papa, con el fin de obtener la firma que faltaba á la nota que servia de fundamento. Sin salvar en principio esta solucion equívoca la institucion canónica que, limitada muy estrechamente, dejaba en pie todas las dificultades políticas del momento, pues, aboliendo la autoridad del concilio, hacia que dependiera todo de un segundo paso cerca del papa, exponia á éste á nuevas perplejidades, á nuevos escrúpulos, y si carecia de fuerza para superarlos, á toda clase de peligros.

Obtenido este voto tal como era, el cardenal Fesch instó vivamente á Mr. de Barral y despues á Mr. Duvoisin para que uno ú otro extendiese la resolucion adoptada. Estos, no habiendo prevalecido su dictamen, creyeron que no se podian encargar de redactar el informe, en lo cual erraron sin duda, pues quizá importaban menos las conclusiones adoptadas que el lenguaje que se iba á usar ante el concilio. Ya que sustancialmente se admitian límites á la institucion canónica por unos y por otros, salvo el recurso al papa, con el fin de dar validez al nuevo sistema, lo que importaba, tanto á Pio VII como á Napoleon, era el modo con que se presentara el asunto, y mas valia fiar este cuidado á personas que de buena fé querian la solucion pacífica de la dificultad, que á enemigos deseosos de turbulencia y confusion. Pero monseñores Duvoisin y de Barral se habian á su vez

irritado, pues las pasiones son de todas las clases, de todas las profesiones, y despues de contradicciones prolijas, se apoderan hasta de los corazones mas moderados. Asi estos dos prelados rehusaron obstinadamente el encargo que habia empeño en confiarles. A consecuencia de su negativa, recurrióse al fogoso obispo de Tournay, quien aceptó á pesar de que no sabia francés, y se rogó á Mr. de Boulogne que diera al informe la corrección gramatical de que debia carecer probablemente. Se necesitaba que el cardenal Fesch, mas obligado que otro alguno á impedir que las cosas no fueran á dar en abismos, tuviera muy poco seso para consentir en semejantes elecciones.

Bien tenian con qué regocijarse las gentes exaltadas que nada ansiaban mas que escándalos. En su exposicion intercaló el informante las opiniones todas de su partido: Mr. de Boulogne quitó de allí todo lo que repugnaba á su hábil retórica, pero dejó todo lo que hubiera quitado una política sensata. El dictámen debió ser leído al concilio el 10 de julio.

Se habia guardado cuidadosamente el secreto como se guardan por lo comun los secretos de partido. Con extremada curiosidad y ansiedad visible se reunió el 10 de julio el concilio. Apenas se acabó la lectura del dictámen, hecha con acento extranjero, llegó á su colmo la emocion en todas las filas de la augusta asamblea. Una redaccion hábil hubiera podido calmar todas las opiniones, concediendo satisfacciones razonables á cada una de ellas, y hacer aceptable para el emperador una solucion que de cierto era aceptable para la parte hostil del concilio, pues de ella emanaba; pero redac-

tado exclusivamente el informe para un partido á quien exaltó satisfaciéndole, aguijoneó la cólera del partido opuesto que se sintió profundamente ofendido. Entre todos aquellos prelados no habia un hombre capaz de apoderarse de aquella asamblea irritada y desunida, de inclinaria hácia una resolucion prudente y de traerla á la razon en suma; y asi aquello fué un caos de interpelaciones, de réplicas y de recíprocas acusaciones. Los partidarios del poder decian que declarar la incompetencia del concilio, equivalia á poner de nuevo toda la cuestion en manos del papa, y que asi no se acabaria nunca. Los otros replicaban que, aun cuando fuera competente el concilio, sus mismos actos necesitaban de la sancion del papa, pues las decisiones de un concilio no eran válidas si no las aprobaba la Santa Sede. Esta omnipotencia del papa, sostenida por algunos, impulsaba á otros á recordar el uso reciente que habia hecho de ella, á citar la bula de excomunion y á calificarla de atentado, de obra de anarquía, pues, como decian, si hubiera hecho efecto ¿dónde estaríamos ahora?

Al oír estas palabras el arzobispo de Burdeos, se lanza en medio de la asamblea con un libro en la mano, el de las actas del concilio Trento, abierto por el mismo artículo que confiere al papa el poder de excomulgar á los soberanos cuando atentan á los derechos de la Iglesia. Vanamente se procura contener á aquel prelado vacilante, pero testarudo: achacoso de sordera, oyendo apenas lo que se le dice, y no escuchando sino á sí mismo y á su pasion: se adelanta y arroja sobre la mesa el libro, exclamando: Vosotros pretendéis que no pueden ser excomulgados los soberanos; pues condenad

á la Iglesia que así lo ha establecido. Inmenso es el efecto de estas palabras sobre los que las aprueban y sobre los que temen sus resultas, pues casi era esto renovar la excomunion y renovarla á la faz de Napoleon, cerca de su palacio y bajo su mano formidable.

Aquí, recobrando el cardenal Fesch algo de presencia de ánimo, declara que es imposible deliberar en el estado en que se halla el concilio, y aplaza para el día siguiente la votacion definitiva del punto en cuestion. De consiguiente se separan apenas gozosos los unos, vivamente indignados los otros, y todos turbados y generalmente aterrizados, no comprendiendo el sentimiento irresistible á que acaban de someterse.

Aun cuando no habia público, ni tribuna, ni periódicos, mil ecos habian llevado ya al Trianon, donde el emperador residia, la noticia de esta sesion. Allá fueron el duque de Rovigo, el arzobispo de Malinas, el cardenal Fesch. Al saber Napoleon tales pormenores, habia creido que toda la revolucion se alzaba en su presencia. ¡Quién no veia efectivamente algo de revolucion, bien que de revolucion por el buen lado, el de la opinion pública, estallando sin saberlo, á pesar suyo en cierto modo, y acusándole, no por el empeño de emancipar el Estado de la dominacion de la Iglesia, sino de oprimir las conciencias, y sobre todo de atormentar á un pontífice venerable, su amigo en otro tiempo, su cooperador para realizar sus mejores obras y de arrastrarle de prision en prision como á un reo de Estado! ¡Quién no veia la leccion portentosa de no poder reunir algunos hombres, algunos sacerdotes ancianos, débiles, trémulos, ajenos á

todo designio político, sin que, una vez reunidos, se sintiesen impulsados á estallar y á pronunciar una enérgica reprobacion contra sus actos! Ciertamente habia preocupaciones, miras estrechas, doctrinas teológicas mezquinas, y finalmente, debilidades entre los miembros de este concilio; pero su emocion era honrosa y patentizaba un gran hecho, la libertad renaciendo sin quererlo, sin saberlo, y lo que era mas extraordinario, renaciendo en ancianos sacerdotes, enemigos y victimas la mayor parte de la revolucion francesa, y sin la mas remota intencion de reproducir sus desórdenes.

En todo esto no vió Napoleon mas que lo que podia ver el despotismo, la necesidad de emplear la fuerza, para atajar manifestaciones desagradables, como si se extirpara el mal atacando los efectos en vez de atacar la causa. Muy duramente trató Napoleon á su tío, le reconvinó por sus debilidades, por sus ilusiones, hasta le hizo cometer la grande imprudencia de descargar toda la culpa sobre los obispos de Troyes, de Tournay, de Gante, que habian sido en la comision harlo molestos; imprudencia sin embargo, cometida muy inocentemente; luego mandó redactar sin demora un decreto providenciando la disolucion inmediata del concilio, y dió órdenes de extremada violencia contra los individuos que habian estado al frente de la oposicion. El obispo de Tournay (Mr. d'Hira), por haber redactado con el peor espíritu el informe; el obispo de Troyes (Mr. de Boulogne), por haberlo tan mal retocado; el obispo de Gante (Mr. de Broglie) por haber influido con su autoridad moral sobre la comision mas que otro alguno, fueron designados como los principales delincuentes

y como quienes debian ser las primeras víctimas de esta especie de insurreccion episcopal. Tambien habia merecido esta distincion el arzobispo de Burdeos; pero un eclesiástico recientemente nombrado para la silla de Metz, y que gozaba de la confianza del gobierno, hizo valer la sordera y la falta de talento del prelado, y se contentó con tres victimas de resultas de estas prudentes instancias. De orden de Napoleon hizo prender el duque de Rovigo á los tres obispos aquella noche y llevarlos á Vincennes, por supuesto sin preceder juicio ni explicacion alguna. Al público tocaba averiguar la causa y á ellos no mas que someterse.

A otro dia se supo, bien que sin gran ruido, gracias á la privacion de toda publicidad, que el concilio estaba disuelto, y que se hallaban metidos en Vincennes tres de los principales prelados. Muy sensible era el clero á estos actos extraordinarios, pero desgraciadamente hay que añadir que su susto y su indignacion corrian parejas. Para excusar estos rigores los parciales del gobierno decian muy bajo, por miedo de provocar á que se les desmintiera, que se habia descubierto que los tres prelados se hallaban comprometidos en una trama tenebrosa, la que habia producido el encarcelamiento de Mr. d'Astros y la exclusion de Mr. Portalis del consejo de Estado. Por lo demas no habia que emplear gran trabajo en hacer frente á la mayoría del concilio, pues temblaban casi todos sus miembros, y mas trataban de justificarse que de formular recriminaciones. Separados por otra parte unos de otros de resultas de la disolucion, carecian de la fuerza que su reunion les comunicaba y se hallaban abandonados á su timidez

individual. Entre los mas llenos de susto é inclinados á pedir perdon se contaban los italianos, considerando todo esto como una querrela que no les atañia, que pasaba entre Napoleon y la Iglesia galicana, y no queriendo, ya que habian conservado sus sillas aun despues del cautiverio de Savona, ir á zozobrar en el puerto y por un asunto de pura forma, como la institucion canónica. Decian que los prelados franceses eran imprudentes y locos, que los italianos se habian abstenido generalmente en estas cuestiones, porque no les interesaban nada, pero que, si en algo se necesitaba de su adhesion, estaban prontos á darla sin reserva. El cardenal Maury, que no queria asistir á nuevas revoluciones, y cuyo corazon rebotaba de gratitud hácia Napoleon y de resentimiento contra la Iglesia tan ingrata respecto de su persona, no dejó de transmitir estas palabras al ministro de Cultos y á Napoleon mismo. Diez y nueve italianos se habian ofrecido y se podia contar hasta con cincuenta ó sesenta prelados franceses, menos indiferentes á la solucion que los italianos, pero casi tan llenos de susto y deseosos de acabar del modo que agradara al gobierno. Tomadlos uno á uno, dijo el cardenal Maury, y saldreis airoso mas fácilmente que si los tomais en masa. Expresando esta observacion misma con la original familiaridad que le era propia, añadió: *Es un excelente vino, pero que saldrá mejor en botellas que en tonel.* Aprovechóse el dictámen y se redactó un decreto muy semejante al que en la comision habia prevalecido, el cual limitaba á un año el plazo para proveer las sedes vacantes, seis meses para el nombramiento por el poder temporal, y otros seis para la institucion ca-



nónica por el papa, tras de lo cual el metropolitano de la provincia eclesiástica estaria encargado de instituir á los electos. A este decreto se añadió la cláusula de un nuevo recurso al papa, á fin de pedirle su sancion, bien que en sentido totalmente contrario á las conclusiones del obispo de Tournay. Se entendia en efecto que, de no adherirse el papa, el concilio adoptaria una resolucion independiente, votaria el nuevo decreto, y le enviaria al emperador para que fuera convertido en ley del Estado. Hasta se convino en que mientras una diputacion fuera á Savona para obtener el beneplácito del papa, se retuviera en París á los principales miembros del concilio, para hacerles emitir un segundo voto en el caso de la negativa del Padre Santo. Acordado este plan, llamó el ministro de Cultos á los prelados, con quienes se podia contar, uno tras de otro. Diez y nueve obispos italianos se adhirieron como á porfia: sesenta y seis obispos franceses siguieron su ejemplo, y así sumaban ochenta y cinco adherentes de los ciento y seis miembros admitidos en el concilio. Entre los que no se habian adherido no eran todos opositores determinados; y la mitad de ellos se limitaba á reservas mas que á negativas.

Cuando se obtuvo este resultado, el principe Cambaceres, que era siempre llamado para buscar los medios términos, los expedientes ingeniosos, y que habia contribuido mucho á que esta solucion pacifica se adoptase, aconsejó que se juntara de nuevo el concilio, y se le presentara el acta, cuya adopcion no podia ya ofrecer duda. Napoleon consintió en ello, y decretó la nueva convocatoria para el 5 de agosto.

En efecto, llegado este dia, se reunió el concilio en el local ordinario de sus sesiones. Nadie preguntó por qué habia sido tan súbitamente disuelto y tan súbitamente otra vez llamado, ni por qué tres miembros se hallaban en Vincennes en vez de asistir al concilio: oyóse la lectura del decreto, y casi por unanimidad fué votado.

Faltaba obtener la sancion del papa, no porque se reconociese la incompetencia del concilio, sino porque era forzoso atemperarse al uso natural y necesario de someter al gefe supremo de la Iglesia los actos de toda asamblea de prelados. Napoleon consintió en enviar una diputacion compuesta de arzobispos y obispos con el fin de solicitar la aprobacion pontificia, y en incorporar á ella algunos cardenales para que hicieran cerca de Pio VII de consejo, del cual se decia privado siempre que se le instaba á adoptar una resolucion cualquiera. Elegidos fueron los cardenales de Bayana, Fabricio Rufo, Roverella, Doria, Duguani, y ademas el arzobispo de Edesa, limosnero del papa. Los prelados designados fueron los arzobispos de Tours, de Malinas y de Pavía, y los obispos de Nantes, de Tréveris, de Evreux, de Placencia, de Feltre, de Faenza. Debian partir al punto, para no hacer aguardar á sus colegas retenidos en París con el fin de emitir un nuevo voto en el caso de negativa por parte del papa. Mas no se creia en esta negativa, sobre todo haciendo memoria de la nota llevada de Savona por Mrs. de Barral, Duvoisin y Mannay. Napoleon habia aceptado este fin del concilio en primer lugar porque era un fin, y en segundo porque habia casi conseguido su objeto, obteniendo la limitacion muy estrecha de la institucion canónica

Pero moralmente sentíase batido, porque una oposición tanto mas significativa cuanto que era involuntaria, y por decirlo así trémula, se habia manifestado en el clero, y le habia presentado á las claras como opresor del pontífice. ¡Y ademas habia hallado mil ecos en los corazones! Se consolaba lisonjeándose de que muy pronto se le llevaria de Savona, si no el decreto mismo, al menos la institucion de los veinte y siete prelados electos, lo cual bastaba para completar al fin la Iglesia de Francia y salvar las dificultades que se oponian á su administracion; y respecto de la cuestion de principio ya procuraria mas tarde salir de ella como pudiese. Ademas en aquel momento todas las cuestiones morales, materiales, políticas, militares, se compendiaban para él en una sola, la de la gran guerra del Norte. Vencedor por última vez de Rusia, que era la única que parecia, si no hacerle frente, á lo menos contrariar algunas de sus voluntades, abatiria en ella todas las especies de oposicion públicas ú ocultas, que hallaba todavía en Europa. ¿Y que sería entonces aquel pobre sacerdote cautivo que le queria disputar á Roma? Nada ó casi nada, y la Iglesia reconoceria el poder de César como habia hecho tantas veces. El concordato de Fontainebleau, obtenido á la vuelta de Moscou, prueba que, si Napoleon se obcecaba á menudo, no era ahora cuando padecia mas de este achaque.

Marcharon pues los cardenales y los prelados elegidos á Savona, y él, enojado de esta *disputa de sacerdotes*, segun la llamaba desde que se habia dado á menospreciar el concordato, su mas excelente obra, se volvió á dedicar de plano á sus grandes negocios políticos y militares.

Aunque privado de periódicos libres, al menos en Francia, el público europeo seguia con atencion curiosa é inquieta el altercado ya harto ruidoso del emperador Napoleon y del emperador Alejandro. Ya se decia que la guerra era inevitable y estallaria al punto y que los franceses iban á pasar el Vistula y los rusos el Niemen, ya que la querella se habia aplacado y que cada cual se retiraria muy atrás de sus fronteras. Especialmente desde la llegada de Mr. de Caulaincourt á Paris y de Mr. de Lauriston á San Petersburgo, parecia que se esperaba que la paz sería mantenida. Por lo que hace á los espíritus sensatos de todos los países, no sabiendo cual sería el desenlace de una nueva lucha, ciertos en todo caso de que correria la sangre á torrentes, deseaban la paz con ardimiento, y aplaudian todo lo que presagiaba que no se alteraría. Pero los continuos movimientos de tropas del Rhin al Elba, no eran á propósito para tranquilizarles, y destruian el buen efecto de los rumores pacíficos que habian circulado durante dos ó tres meses. Obrada razon tenian los amigos de la paz para mostrarse inquietos, pues Napoleon, resuelto á diferir la guerra, bien que siempre decidido á hacerla, habia continuado sus preparativos, tomando solamente la precaucion de disimularlos lo bastante para no provocar el año de 1811 la ruptura, que solo deseaba, segun sus cálculos, para el año de 1812. Asi, por ejemplo, despues de haber retardado por de pronto la marcha de los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout, y de mantenerlos en el depósito, mudó de dictámen, y reflexionando que en ninguna parte se formarían mejor que á las órdenes de este instructor vigilante y severo, encaminólos há-

cia el Elba. Y no eran menos de treinta y dos batallones los enviados de una vez mas allá del Rhin, lo cual no se podia hacer á escondidas. Para oponer á este efecto de tanto bulto un efecto contrario, dispuso que retrocedieran dos batallones westfalianos, que iban á completar el contingente alemán de la guarnicion de Danzick, y recomendó que se metiera gran ruido con este movimiento retrógrado, y que respecto de los batallones franceses dirigidos al Elba se dijera que no hacian mas que poner término á una marcha comenzada mucho antes. Disponiendo de los periódicos franceses y de parte de los periódicos alemanes, podia con este arbitrio engañar al público por un momento, pero centenares de espías rusos de todas las naciones debian restablecer la verdad muy pronto, y hasta exagerar los hechos en sentido contrario.

Así el gabinete ruso no se habia engañado, y el emperador Alejandro habia dicho á Mr. de Lauriston que verdaderamente retrogradaban dos batallones alemanes, si bien al mismo tiempo mas de treinta batallones franceses avanzaban desde Wesel á Hamburgo. Sin embargo, habia añadido el emperador Alejandro, no quiero que me aventaje el emperador Napoleon bajo el aspecto de las manifestaciones pacíficas: ha hecho retrogradar dos batallones, pues yo voy á hacer que retroceda una division entera. Con efecto aproximó algo al bajo Danubio una de las cinco divisiones que habia trasladado primero con el fin de llevarlas á Polonia. Fuerza es reconocer que en esta coyuntura su sinceridad empezaba á valer ni mas ni menos que la de Napoleon, pues, habiendo disminuido mucho sus fuerzas delante de los turcos, conocia la nece-

sidad de aumentarlas, volviendo á llevar junto al Danubio una de las divisiones que de allí habia alejado.

Mr. de Lauriston, que temia mucho una nueva guerra del Norte y que veia con desesperacion que, armando así los unos en represalia de los otros, se acabaria en breve por ponerse reciprocamente la espada al cuello, rogaba, suplicaba al emperador Alejandro que fuera entre los dos el mas cuerdo y tomara la iniciativa de las explicaciones, que se diferian por ambas partes de resultados de un falso amor propio de un cálculo mal entendido. Pedid pues, decia al emperador Alejandro, una indemnizacion por Oldenburgo, y no pongo en duda que os será concedida. Enviad alguno á París que ponga de manifiesto vuestros agravios, y abrigo la conviccion de que será recibido con anhelo. Entonces cabrán las explicaciones, y se podrá saber al cabo por qué se está en visperas de pasarse á cuchillo. A estas apremiantes instancias oponia el emperador Alejandro una negativa absoluta. Nada queria pedir por Oldenburgo, segun tenia ya dicho, ni en Alemania, ni en Polonia, porque en Alemania no se desperdiciaria la ocasion de denunciarle como codicioso de despojar á los principes alemanes, y porque en Polonia le acusaria Napoleon de aspirar al desmembramiento del gran ducado de Varsovia, y sacaria de aqui un argumento cerca de los polacos. Tampoco el emperador Alejandro queria aparecer como un principe intimidado que enviaba á pedir la paz á las Tullerías. Por otra parte estaba intimamente convencido de que no la obtendria, y hasta recelaba precipitar la guerra, explicándose sobre ciertos puntos, tales como los mercantiles por